

**“El mal de Q.”**

Antonio Tello

**A**ntonio Tello está en Río Cuarto, la ciudad en la que amaneció su carrera literaria, completada desde Barcelona, de 1975 hasta ahora, con brillo inusual, y trajo consigo su último libro.

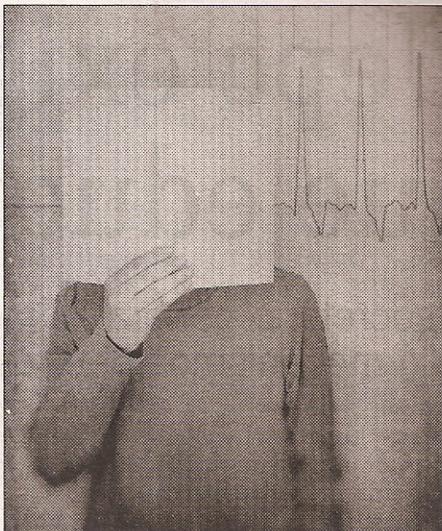
Se trata de un volumen que reúne la mayor parte de su producción en relatos cortos escritos desde 1968 hasta la actualidad: 32 cuentos intensos, algunos sorprendentemente breves y reveladores, como relámpagos en una habitación a oscuras.

Dos cosas se respiran en la atmósfera de los cuentos de Tello. La primera, una profusa sensación de libertad narrativa, como si el escritor atravesara las rígidas barreras que separan lo real de lo soñado, lo vital de lo literal, y el cuento nada-  
ra sin ataduras en un espacio personalísimo y complejo. La segunda y evidente desde las primeras líneas es su impecable manejo del lenguaje, aun cuando el relato mismo lo fuerza y le exige más allá de la mera función denotativa, mucho más allá de la servil compañía de la palabra a la cosa.

Tello les pide a las palabras que expresen mundos invisibles, al cuerpo que sea pensamiento y transcribe con destreza de artesano las ideas en imágenes sobrecogedoras. En ese sentido, muchas veces da la impresión de que el escritor más que poner en palabras un acontecimiento, lo que intenta es traducir en acontecimientos ciertas emociones o sensaciones, de otra manera incommunicables, acerca de lo humano.

Quizás sea por este motivo que Tello evita los localismos y utiliza para sus relatos escasas referencias históricas o geográficas. Parafraseando a Borges, una ciudad son todas las ciudades, y el destino de un hombre puede ser el de todos los demás.

La muerte, la soledad, la pérdida de la identidad, la apatía y el absurdo son los personajes centrales de estos cuentos y no los sujetos que ocasionalmente los desandan, muchas veces reducidos sus nombres a una sola letra, en clara alusión



ANTONIO TELLO

**EL MAL DE Q.**

Prólogo de Víctor Escudera

CANDAYA

kafkiana.

En ‘El mal de Q.’, cuento que presta su título a la obra, un sujeto con una implacable manía por el orden y las secuencias numéricas pronto termina sumido en una pasión enfermiza por un extraño libro, del cual a pesar de sus esfuerzos no recuerda haber leído sino las primeras líneas. Su tiempo se consume entre infructuosos esfuerzos por avanzar en la lectura y su desconcierto ante el progresivo deterioro que evidencia su cuerpo, que parece desmoronarse poco a poco por causas irreversibles y ajenas. ¿Será tarde cuando finalmente comprenda que esa misteriosa página no es otra cosa que el tiempo presente, esa criatura esquiva que sólo nos permite mirarla a los ojos con la condición de morir y renacer en ella a cada instante?

“El mal de Q.” es, entonces, el mal tan humano, de percibir ese perverso desfasaje, de atravesar esa carrera perdida desde la largada, de desear ese presente continuo que es siempre página en blanco inmaculada mientras que somos nosotros, como el retrato de Dorian Gray, quienes ostentamos las marcas del tiempo implacable sobre nuestro cuerpo.